Crónica de un viaje por Austria

#feelaustria

austria.info

Sentir Austria

Sentir es un verbo que en Austria hace honor a muchas de sus acepciones. Difícil sería no experimentar una emoción tras otra en este país alpino que las transmite a través de música, arte, paisaje y hospitalidad. En la crónica viajera que sigue cuento, a mi manera, la grandeza del país pero también esas pequeñas cosas que surgen a cada paso. Puede ser el aroma a heno de las granjas tirolesas que te transporta a los veranos de la niñez. Girar alrededor de Viena en su histórica noria o entrar en el escenario del mundo que se convierte Salzburgo durante el festival de verano. La delicia de una salchicha de los puestos callejeros o la magia del mundo onírico y cristalino de Swarovski.

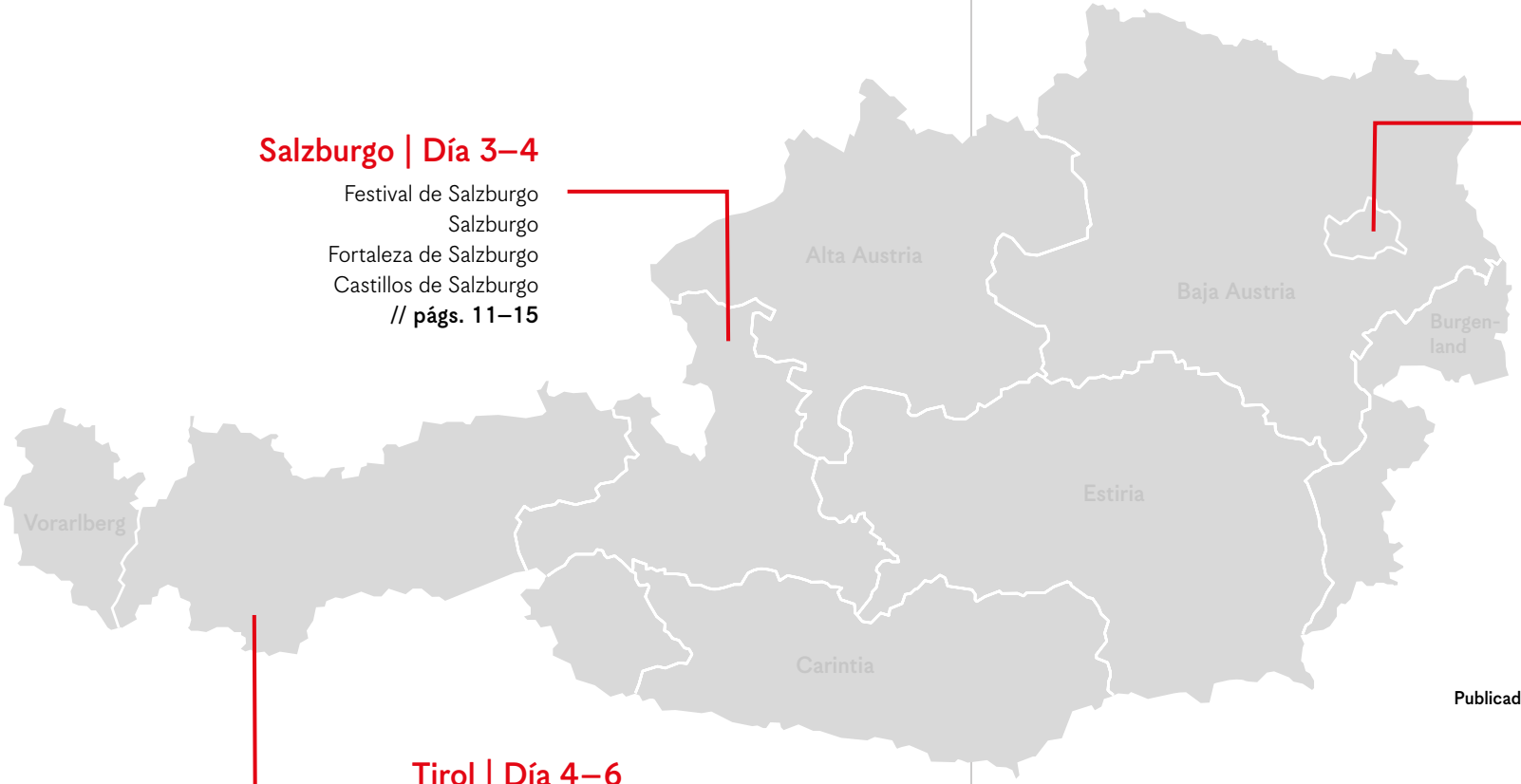
Esto es un breve adelanto de lo que ha sido el recorrido por un país del que antes de marchar impera el deseo de volver. Y solo espero que al terminar de leer esta crónica, escrita desde la emoción y la belleza, me deis la razón.

Ruta de viaje

Acompáñanos a una aventura muy especial que si bien tiene como protagonistas la música, el arte y el paisaje de Austria, también lo son esas anécdotas viajeras que le añaden sal y pimienta a los momentos estelares del viaje.

Salzburgo | Día 3–4

Festival de Salzburgo
Salzburgo
Fortaleza de Salzburgo
Castillos de Salzburgo
// **págs. 11–15**



Viena | Día 1–2

Museo de Historia del Arte de Viena
Cafés de Viena
Casa de la Música & Mozart
La Noria del Prater
Schubertiade
// **págs. 6–10**

Tirol | Día 4–6

Granjas Tirolesas
Innsbruck
Enrique Gasa
// **págs. 16–19**

Pie de imprenta

Publicado por Oficina de Turismo de Austria
Vordere Zollamtsstraße 13,
A-1030 Viena
ZVR: 075857630

Textos Manena Munar Krohn

Fotografía Jorge Munar

Primera edición 2022,
Impreso en España.
No asumimos ninguna responsabilidad con respecto a los datos facilitados.

Día 1

Museo de Historia del Arte de Viena (KHM)

¡Cuidado con el síndrome de Stendhal! Su belleza es esplendorosa.

Estaba lloviendo mientras me dirigía al Museo de Historia del Arte de Viena (KHM), mi primera visita en Viena. A pesar de que en los viajes parece obligatorio tener buen tiempo, la verdad es que la imagen de la *Ringstrasse*, donde está el Museo, con la gente bajo el paraguas, me gustaba. Le daba un toque intimista al escenario, preludio perfecto antes de pasar al cobijo de la cúpula octogonal del hall que da acceso al espacio que el emperador Francisco José I escogió para custodiar tesoros artísticos de cinco mil años, coleccionados por los Habsburgo. Arrullada por la voz cálida de mi guía, el túnel del tiempo me transporta a la sala de artes decorativas; fascinante el salero de Cellini cubierto en oro, marfil y esmalte que Carlos IX de Francia regaló a Fernando II del Tirol. Una hermosa alegoría a la sal protagonizada por el dios del mar Neptuno y Ceres diosa de la tierra. Recorro el mapa mundi entre salas egipcias, asiáticas, hasta encontrarme con el precioso rinoceronte azul de un ajuar funerario egipcio. Muy ilustrativo el rico recorrido por los comienzos del dinero. En la pinacoteca, reflexiono sobre cómo alguien se deslumbra por la Torre de Babel de Brueghel mientras otros lo hacen con la colección de la Escuela Veneciana. Yo me inclino hacia esa luz única que solo puede ser de Vermeer y una madre señala a su pequeña la sucesión cronológica de retratos de Velázquez de la infanta Margarita enviados a su futuro esposo, su tío Leopoldo I. En otra sala la pintora pelirroja reproduce una obra al detalle. Me paro ante La Virgen del Jilguero de Rafael Sanzio que me transmite paz y en pleno síndrome de Stendhal salgo a buscar un café vienés donde asimilar tamaña belleza.

Cafés de Viena

Alguien dijo una vez que una taza de café está llena de ideas ...

Difícil escoger a cuál ir. Me acordé de la eterna cola del Café del Hotel Sacher, ávida por saborear su tarta homónima y aunque no queda lejos del KHM, decidí entrar en el primero que encontrara; cafés no faltan en Viena. Recuerdo que Beethoven adoraba el café y al igual que Mozart frecuentaban el *Frauenhuber*. A Marlene Dietrich; siempre me ha parecido una mujer valiente y excelente actriz, le gustaba tomárselo en el *Landtmann* mientras que Klimt y Kokoschka iban al *Café Museum*, apelado Nihilismus por su decoración minimalista; curiosamente los secesionistas de nihilistas no tenían nada, mientras que Freud se inspiraba en el *Café Central*. Paseo sin rumbo alargando el esperado momento de paladear ese café nombrado en 2011 patrimonio inmaterial de UNESCO. Una forma de vida para los vieneses que acuden al Café a charlar, escribir o leer, bajo el hechizo de su aroma y el placer de su sabor.

Reflexiono sobre el porqué de su fama en un lugar donde jamás se vio un cafetal y que nació gracias al empresario polaco Jerzy Franciszek Kulczycki quien había visto preparar el brebaje a los otomanos y se le ocurrió fundar la primera cafetería sirviendo el café con azúcar y leche para mitigar su amargor. Aunque me apetece ir al *Jelinek* que prepara unos huevos pasados por agua en su punto mientras la gente lee el periódico, en papel, me inclino por el mitológico *Sperl* para jugar un billar y probar su vienés acompañado de *Apfelstrudel*. Disfruto del ambiente del *Sperl* cotilleando a la joven ensimismada en su mundo. Me encantaría leer lo que escribe. Miro a la pareja, ya madura, que charlan como adolescentes,

© Österreich Werbung, Harald Eisenberger

y saboreo mi excelente café. Al salir me paso por su vecino de la calle Gumpendorfer, el *Phil*, un café a los XXI que cuenta con una biblioteca de arte contemporáneo y ofrece una deliciosa limonada, *Heisse Zitrone*, a cuya tentación también caigo, antes de volver al Hotel Ambassador donde me siento como una reina entre sus elegantes paredes.

Día 2

Casa de Mozart y de la Música

Del amor por la vida de Mozart a entender la música en primera persona.

He dormido como un bebé. La cómoda cama y el silencio reinante del Hotel Ambassador, a pesar de estar en el centro de la ciudad, han sido un bálsamo nocturno. Salgo a la *Kärntnerstrasse*, una animada vía peatonal llena de tiendas y cafés. En Viena a cada instante aparece un motivo artístico o lúdico que obliga a detenerse. Así me ocurrió de camino a la Casa de Mozart. *Stephansplatz* está llena de vida y puestos de los que emanan seductores aromas donde pedí un perrito vienés. Sin obviar a los jóvenes Mozartinos que venden entradas para los muchos conciertos que se suceden en Viena. Su atuendo se ha vuelto tan normal para ellos que hasta les extraña la curiosa mirada de los forasteros. *Domgasse* es una calle recoleta de fachadas barrocas. Sin embargo su número cinco no es uno cualquiera ya que alberga el hogar dónde el compositor alcanzó el éxtasis de su música y de su vida (1784-87). Una vez superadas las escaleras en las que casi tropiezo pues cada escalón va a su aire, no puedo evitar emocionarme al traspasar el umbral del primer piso donde se desarrollaba la cotidianidad de Wolfgang Amadeus Mozart, asomarme a la ventana y sentir que estoy viendo lo mismo que veía él. Una mesa de juego habla de su afición por las apuestas, como también por las fiestas, la moda, por el placer de vivir, mientras componía sin tregua ¿Cómo pudo hacer tanto en su corta vida? me pregunto un poco celosa. A pocos pasos de su casa se encuentra lo que fue la mansión del creador de la Filarmónica de Viena, Otto Nicolai, hoy Casa de la Música. El jolgorio de los colegiales anuncia que la visita es divertida. Piso el primer peldaño que sube a las cuatro plantas y salta una nota, otra en el segundo; al término de la escalera he compuesto una partitura. Es solo el principio de una serie de experiencias que llevan a descubrir la música. La oscuridad de Sonotopía ayuda a concentrarse en los diferentes sonidos e Instrumentarium a conocer los instrumentos. Al entrar en la sala dedicada a Johann Strauss se me fueron los pies y acabé bailando un vals con mi guía y en la sala de Mozart transformé mi nombre en una composición jugando a Namadeus. El momento álgido llega en la cuarta planta viendo a un director amateur dirigir entusiasmado la Marcha Radetzky frente a una pantalla donde la Filarmónica de Viena le acompaña en el concierto de año nuevo. Yo me decanto por un Danubio Azul con el que puse de los nervios a la televisiva orquesta que no sabía como seguirme.

La Noria del Prater

Vivir el ritmo de Viena girando a su alrededor en la más legendaria de las norias.

El tiempo cunde mucho cuando se está de viaje. Me daba la impresión de casi ser ciudadana de Viena y apenas llevaba dos días. Tras el contundente *Schnitzel* me di un buen paseo en el que me faltaban ojos para abarcar aquel edificio, esa tienda, el sombrero de aquella dama tan elegante. Por fin cogí el metro y el tranvía 5 que me llevarían hasta *Leopoldstadt* donde se encuentra uno de los primeros parques de atracciones del mundo. El Prater cumple 250 años y yo quería celebrarlo por todo lo alto subiendo a su histórica noria inaugurada en 1897 como homenaje a los 50 años del reinado de Francisco José I. Al entrar en el Prater siento un cosquilleo infantil. Los puestos de comida, los coches de choque, la máquina de puñetazos o las elevadas sillas voladoras tienen un aire vintage encantador. No puedo evitar sonreír ante la cara de satisfacción con que mira un hombre joven a su mujer al ver como se eleva la balanza tras su colosal puñetazo. Es la hora bruja cuando el día se va escondiendo y la noche cae con timidez. La luz idónea para montar en la majestuosa rueda que se alza sobre Viena y muestra con orgullo la belleza de su ciudad y de su musical río, el Danubio. Complemento perfecto es la antesala La Noria de la Historia que recoge algunas cabinas originales, cuyo interior guardan a modo de primorosas maquetas, dos mil años de historia. Desmenuzo con la mirada la vida cosmopolita del s. XIX, los templos griegos, los principios de la noria y la vestimenta de sus visitantes. La tremenda estructura está orientada hacia los cuatro puntos cardinales. Sus 65 metros de altura y la velocidad de giro de 2,7 km /h permiten observar al detalle una espléndida panorámica de Viena como bien compruebo al entrar en una de sus vagones rojos. Momento en el que busco en YouTube la banda sonora de El Tercer Hombre que sonaba en la escena de la Noria, saludo a los ocupantes del siguiente vagón que disfrutan de una cena a la luz de las velas y al son de la inquietante música giro y giro alrededor de la capital austriaca con la onírica compañía de Orson Welles, Alida Valli y un guapísimo Jospeh Cotton. Deshago el camino y vuelvo al centro de Viena para cenar en el Hotel Motto; su escalera de caracol me entusiasma. Una vez dentro del restaurante, en el ático, me siento en casa por el ambiente distendido que hay. Está lleno, la comida es deliciosa y las mesas pequeñas le dan un aire informal que me recuerdan a las fiestas caseras, cuando siempre se termina en la cocina.

Schubertiade

Intento adornar mi imaginación tanto como pudo Franz Schubert.

¡Es mi último día en Viena! ¡Lo he pasado tan bien! aunque siento algo de nostalgia por todo lo que me queda por ver. Antes de coger el tren hacia Salzburgo quiero hacer otra visita. Con la Vienna City Card en la mano voy a la casa natal de Schubert. Al traspasar el umbral se entra en el patio tipo corrala enmarcado en puertas. Tras una de ellas, nació en la minúscula cocina el compositor del que Franz Liszt diría el músico más poético que jamás haya existido. Veo su piano; ya le costó tenerlo pues siempre fue pobre y habitualmente tocaba y compartía sus *Lied* (poemas líricos) en casa de amigos que se rifaban el arte y compañía de ese hombre regordete y genial al que apodaban *Schwammerl* (pequeño champiñón). Alegró con su talento muchas tardes de la clase media vienesa en lo que se vino a llamar *Schubertiadas*. Cierro los ojos y vuelo mentalmente a Hohenems y Schwarzenberg en los Alpes, escenario natural de las *Schubertiadas* actuales, desde que el barítono Hermann Prey juzgó necesario que Schubert estuviera a la altura de Beethoven y Mozart y creó en 1976 su propio festival. Las casas de madera se visten de gala para acoger los 80 eventos y a más de 30.000 visitantes que en Junio y Septiembre llegan a disfrutar de las composiciones de Schubert y de los más grandes solistas del mundo. Cuando mencionaban durante la visita a su hogar su timidez en público, sociable entre amigos, su admiración por Beethoven, pero pánico a conocerle, no pude menos que pensar en quien le iba a decir a *Schwammerl* que los Alpes harían eco con sus notas en una espléndida fusión entre naturaleza y arte. Antes de abrir los ojos y volver a la calle *Nussdorfer 54*, su hogar vienés, reparo en un par de mujeres que cantan en un prado la alegre *Die Forelle* (La trucha) a la espera de la *Schubertiada*, y me entran ganas de quedarme con ellas.

Festival de Salzburgo

Día 3

La recoleta y tranquila ciudad se prepara para convertirse en el Escenario del Mundo.

¡Cuánto me gusta el viaje en tren de Viena a Salzburgo! Empezó con sol y terminó nevando. Curioso ver como según avanza el tren, los campos verdes se convierten en blancos. Al llegar fui derecha a la sede del Festival de Salzburgo. Iba a conocer a su nueva presidente, Kristina Hammer ¡Estaba emocionada! La señora Hammer me recibe con calidez. De su mirada se desprende ilusión. Me gusta su vestido del mismo tono que los tulipanes del jarrón. A mis sucesivas preguntas sobre las expectativas de audiencia y el programa, dice sonriendo que ya tienen vendidas 225.000 entradas para las 174 obras que durante 45 días se representarán en los 17 escenarios de Salzburgo, sin olvidar las 54 actuaciones del programa joven *"Jung & Jede*r"*. Comenta con alegría como el equipo artístico liderado por Markus Hinterhäuser ha escogido nuevas producciones como Katia Kabanova de Janacek, o Il Trittico de Puccini; sin duda se repondrá *La Flauta Mágica*, *Aida* y desvela la sorpresa de *El Barbero de Sevilla* con Cecilia Bartoli que hará su premier en el Festival de Pentecostés dedicado a Sevilla. Simon Kerschner, encargado de prensa, me descubre las bambalinas. Es muy fácil hablar con él. Cuenta curiosas anécdotas mientras me quedo extasiada del mundo del festival (antiguas caballerías) puertas adentro. Llegamos a una terraza donde (qué no nos oiga nadie) saltamos una verja para contemplar de cerca la Abadía Benedictina de San Pedro que forma parte del festival. Vemos como preparan el montaje de los tres escenarios: *Haus für Mozart*, *Grosses Festspielhaus* es el más grande y tiene cabida para 2.179 personas y el pétreo *Felsenreitschule* que cuenta con 96 arcadas excavadas en el propio Mönchsberg para que el público disfrutara de los concursos de equitación. Y recuerdo perfectamente como el capitán von Trapp se escapaba por una de las arcadas con su familia tras cantar *Edelweiss*. Simon sin embargo alude a aquella representación de Fausto que dejó sin respiración a la audiencia por su magnitud en el espléndido marco.

Salzburgo

De la Ciudad de la Sal al Universo de la Música.

Tras la entrevista voy al Hotel Stein. Me fijo nada más entrar en sus bellas lámparas de Murano y al hacer el check in me animan a subir al ático antes de que se vuelva a nublar. Al salir a la terraza me saluda el río Salzach (río de la sal) que dio nombre a la ciudad y lo hacen las cúpulas nevadas de las iglesias coronadas por una fortaleza que nunca fue conquistada. Me encanta la decoración del hotel, en tonos azules y amarillos; sus habitaciones cómodas, casi minimalistas. Dejo el equipaje y me lanzo a conocer Salzburgo. La verdad es que al salir a la calle me invade el bienestar de una ciudad que respira serenidad. Cruzo el puente *Staatsbrücke* para entrar en el casco viejo, *Altstadt*, patrimonio de UNESCO. Mozart está presente en cada rincón de su ciudad natal. Desde la casa *Hagenauer*, en la calle *Getreidegasse* 9, donde nació y vivió su infancia, hasta en los bombones de la pastelería *Fürst*. *Getreidegasse* ha guardado su encanto medieval alumbrada por farolillos y adornada con estandartes, pero está llena de tiendas a la última. Me paro ante la de tejidos tradicionales austriacos y aquella en donde una joven modela piruletas como si de esculturas se tratara. Al desembocar en la plaza de la universidad aparece el mercadillo. Salchichas de todos los tonos cuelgan al lado de quesos y brezel. Tras preguntar por una de ajo y pimienta, la compro sin dudar. Los espárragos de temporada se venden recién cogidos como el ajo silvestre que más tarde tengo la ocasión de probar en la crema de un restaurante tradicional; de segundo una trucha de las que saben a río fresco. De postre me espera la belleza del barrio de la Catedral, uno de los monumentos más magnificentes del barroco temprano, custodiado por la estatua del hombre de tamaño real que se alza sobre la gigantesca esfera dorada, obra del escultor alemán Stephan Balkenhol y parte del arte moderno de Salzburgo que cuenta con artistas de la categoría de Jaume Plensa, Marina Abramovic, o James Turrell. Es la hora de tomarse una cervecita y no hay mejor sitio para disfrutar de una buena jarra que el convento de los agustinos que la llevan destilando desde 1621. Con cabida para miles de personas, es la cervecería más grande de Austria. A ella acude la gente por las tardes. Se encuentran con amigos, charlan y beben cerveza acompañada por platos tradicionales como el fiambre *Leberkäse*. Las bondades del fiambre me las cuentan unos amigos espontáneos que me han invitado a sentarme a su mesa. De la dorada cerveza al afrutado Red Bull de Hangar 7. Salzburgo sigue dando genios y Dietrich Mateschitz es uno de ellos. El lanzador de Red Bull levantó Hangar 7 para compartir sus más preciados tesoros que fluctúan entre avionetas, helicópteros o coches de Formula I. Y del futurístico Hangar 7, retrocedo al s. XVIII en S. Peter, el restaurante más antiguo de opera de Europa Central que saca al escenario a *Papageno*, a la bella Susanna de *Las Bodas de Fígaro* y a una estudiante que trabaja de camarera en mi hotel a la que me la encuentro tocando el violín vestida de Mozartina y a quien aplaudo como la que más. Al caer la noche me acerco al puente *Makartsteg*, el de los candados, y antes de dormir apunto en mi diario todo lo visto y aprendido.

© Tourismus Salzburg GmbH

Fortaleza de Salzburgo

La Hohensalzburg es la más grande y mejor conservada de Europa.

© Tourismus Salzburg GmbH

Mientras desayuno en el ático del hotel veo de frente la fortaleza alzándose sobre Salzburgo y se me antoja bien protectora o amenazadora. En breve voy a salir de dudas, pues ese día lo tengo destinado a ella. El funicular más antiguo de Austria sube hasta la fortaleza que se empezó a construir en 1077 bajo las órdenes del Príncipe Arzobispo Gebhard von Helfenstein. Estos datos me los cuenta mi guía, apasionada por su ciudad de la que habla con gracia y sabiduría. También me informa de las señas de identidad y el poder de los sucesivos mandatos de 24 Príncipes-Arzobispos cuando Salzburgo, ruta de paso, llegó a ser una prominente ciudad barroca, centro de cultura y comercio. No hay palabras para expresar la panorámica 360° de Salzburgo que regala Hohensalzburg con el sol asomándose, por fin. Una vez allí, se entiende el porqué de su invulnerabilidad al ver el grosor de sus muros y su situación dominando el horizonte. Antes de entrar, una visita a las antiguas bodegas convertidas en el delicioso museo de marionetas donde están aquellas más representativas de las obras que se llevan a cabo en el Teatro de Marionetas de Salzburgo. Por cierto, me quedé atónita cuando mi guía me comenta que hacen falta seis años de aprendizaje para saber mover una marioneta del teatro. Un vistazo a la pinacoteca que muestra los sobrecogedores retratos de los 24 Príncipes-Arzobispos y entramos en la magnifica sala dorada, en el cuarto dorado, en lo que fue la biblioteca, decorada exquisitamente gótica durante el s. XV bajo el mandato del Príncipe-Arzobispo Leonhard von Keutschach que la hizo habitable. Al salir de la fortaleza me pareció precioso el paseo por el *Mönchsberg* entre sol y nieve, hasta el restaurante panorámico M32 del Museo de Arte Moderno que tiene unas vistas alucinantes.

Día 4

Castillos de Salzburgo

Los caprichos de los Príncipes Arzobispos se materializan en oníricos castillos y jardines versallescos.

Después de comer unos deliciosos espárragos de temporada en el *M32*, me quedaban dos palacios muy especiales por ver. Del Palacio de Hellbrunn ya me avisaron de que en sus tiempos había que rezar por no ser blanco de las bromas de su fundador, el Príncipe-Arzobispo Markus Sittikus. Había dejado de nevar y me apunté a ir en bicicleta. Pedaleando hasta Hellbrunn cantaba: Do es trato de varón... y me sentía María mientras iba con los niños von Trapp a visitar el inquietante castillo en Sonrisas y Lágrimas. Nada más traspasar la verja escuché unos simpáticos aullidos que llegaban de aquellos que se sentaron inocentemente a la mesa de *Sittikus* para acabar empapados por los chorros de agua, un juego más de las extravagancias que se suceden por el palacio de un barroco caricaturesco, lleno de sorpresas. Hay que reconocer que el escenario de Los Juegos del Agua es bellísimo como lo son las grutas de Venus, Diana la Cazadora o el magnífico teatro mecánico con 156 piezas que representan un pueblo medieval. Del insólito Hellbrunn al Palacio de Mirabell, cuyos jardines son patrimonio de UNESCO. Fue edificado en 1606 gracias a otro capricho arzobispal; esta vez por la pasión qué llevó al Príncipe Arzobispo Wolf Dietrich a cultivar los espléndidos jardines para su amante Salomé Alt, bautizando el palacio como Mirabell, bella, hermosa, en italiano ¡Qué bonito! Y llegó un momento de la historia que hasta a los mismo príncipes arzobispos les pareció demasiado lúgubre la Fortaleza- a mi me hubiera aterrorizado vivir allí- y se trasladaron a la Residencia Arzobispal, vecina de la catedral y sede de colecciones de arte europeo s. XVI y XIX. Me enamoré de la obra del pintor austriaco Ferdinand Georg Waldmüller sobre una campesina rodeada de niños en la ventana que emanaban frescura; un lugar que seguramente sería parecido a mi siguiente y esperado destino, Tirol.

Día 4–5

Granjas Tirolesas

Sentirse granjero por un día.

De nuevo en el tren, esta vez camino del Tirol, iba de emoción en emoción. Pensé que en breve estaría rodeada de verdes prados, altas montañas, casas de madera y con suerte escucharía el canto del *Jodeln* (canto austriaco). Este bucólico panorama me encontré en superlativo al llegar a la estación de *Hopfgarten*. Gertraud, la granjera, me esperaba a pie de la estación para llevarme a su bio-granja donde pasaría un par de días. Una persona risueña con la que enseguida entablé amistad. No paramos de hablar mientras el coche subía el monte salpicado por casas de madera, a cada cual más hermosa. Hasta que llegamos a una casa que podría ser el ejemplo de la arquitectura tirolesa. Construida hace siglos por la familia, enteramente de madera, ventanas y balcones tallados en coquetas formas, el granero al fondo unido a la casa, típico del Tirol. En el prado, los niños saltan en camas elásticas, me saludan con caras sonrosadas y grandes sonrisas; la del menor destentada, y se van a darle de comer a los conejos y coger los huevos recién puestos. Saludo a la familia, un vistazo rápido de los alrededores y Gertraud me lleva, dentro de la misma casa, al apartamento que alquila, como tantas granjas del Tirol, y qué volvió a dejarme con la boca abierta. Reinaba el gusto en cada detalle de las habitaciones. La madera protagoniza muebles y ventanas y lo hace a la medida de cada rincón. Edredones de cuadros doblados con esmero reposan sobre las camas. Es hora de un tentempié y a la mesa sale el *Holundersirup*, una deliciosa limonada que ellos mismos elaboran con sirope de sauce, limón y azúcar, al igual que el queso de su propia leche o la mermelada de frutas. Le digo a Gertraud que me quiero llevar el *Holundersirup* a casa, la mermelada también ¡Me lo quiero llevar todo! Se ríe y me enseña el establo y las simpáticas vacas mugen a modo de bienvenida. Ella y su marido Michael las ordeñan al anochecer y al amanecer, las alimenta en invierno con heno, y las llevan a pasear en verano. Entretanto sacan tiempo para su tres hijos, madre y hermana de Michael a quienes pregunto sobre la vida alpina, mencionando el *Jodel* y su vigencia actual. Cuál es mi sorpresa cuando madre e hija tienen la delicadeza de entonar el canto. Al escucharles comprendo porque el *Jodel* es tan parte de los Alpes como la violeta alpina que anuncia la llegada de la primavera. De paseo por el campo disfruto de la vista, de las casas alpinas, muchas de ellas con placas solares, siento paz y el convencimiento de que pocas vacaciones pueden ser tan completas como el pasar unos días viviendo la granja. Las vacas vuelven de pastar y me uno al matrimonio mientras las ordeñan. Los críos no se lo pierden y esperan con ilusión el vaso de la leche recién ordeñada. Durante la velada charlamos sobre aspectos curiosos de la zona, de cómo en las fiestas se visten con el traje típico *Dirndl* para acudir a la iglesia, de cómo el hijo mayor con apenas nueve años en vacaciones se va a esquiar a diario a las pistas que tienen al lado de casa, y de cómo los huéspedes acaban convertidos en amigos y repiten la magnifica experiencia de convertirse por unos días en granjeros del Tirol. Cae la noche y las estrellas brillan sin timidez. Abro las ventanas para aspirar el inconfundible aroma a hierba recién cortada y cobijada en la suavidad del edredón duermo como un bebé hasta que los rayos del sol alumbrando los Alpes me dan los buenos días.

Día 5–6

Innsbruck

Los Alpes al alcance de la mano.

Me despido con pena de Gertrud y su familia. Parece que en vez de una noche hemos pasado un verano juntos. Subo primero a un tren de cercanías para hacer transbordo en otro que me lleva a la capital del Tirol. A pesar de que los Alpes esconden Innsbruck, la realeza austro húngara la descubrió y enamorándose de ella la engalanó con iglesias y palacios barrocos. Me voy andando hasta el hotel; quiero sentir la calle. Veo a los estudiantes moviéndose por la urbe en bicicleta, patinete; algunos con esquís o snowboard al hombro pues tienen las pistas a pocos minutos. Paso por el Palacio Imperial de Hofburg, antaño famoso por sus bailes, llego a la tienda de Swarovski y tengo que entrar. Los cristales fabricados en la vecina Wattens me pueden. Me decido por unos aros rodeados de brillantes cristales naranjas. No tan brillantes como las tejas del Tejadillo de Oro de Maximiliano I que me deslumbra cuando le observo al atardecer. La calle *María Teresa* está llena de gente en las terrazas al igual que *Marktplatz* donde me siento a tomar una copa de vino contemplando el río Inn y la cordillera Nordkette. Tras acomodarme en el hotel, en plena calle de *María Teresa*, cojo un autobús turístico, ideal para ver la ciudad, hasta llegar al palacio de Ambras, seducida por la figura de Philippine Welser. Una mujer adelantada a su tiempo de quien se enamoró el archiduque Fernando II a pesar de ser plebeya y le regaló el palacio. Mientras él llenaba su Armería y coleccionaba artefactos curiosos, Philippine escribió un recetario e inventó ungüentos medicinales. Fascinante el baño, Spa, donde ella y sus amigos recibían tratamientos y masajes. A la mañana siguiente entro en la estación del funicular diseñada por Zaha Hadid para alcanzar *Nordkette*. ¡Arriba la vista me deja sin aliento! ¡Es un día Walde! me digo a mi misma evocando al pintor de la nieve Alfons Walde quien testimonió en sus obras el giro en paralelo desarrollado por Hannes Schneider y Toni Seelos.

Enrique Gasa Valga

El Director del Teatro Nacional del Tirol respira la sencillez de los grandes.

A pesar de tener concertada la entrevista en el Landestheater, me encontré a Enrique por la calle y fuimos a tomar café. Las fotos que había visto de él no hacían honor a la calidez de la sonrisa y serenidad contagiosa del bailarín catalán. Sin embargo, al preguntarle por su vida, dice que era un chico hiperactivo ¡nunca lo hubiera dicho! El psicólogo aconsejó a su madre un ejercicio que le cansara; ella pensó en el baile. Cuenta Enrique que los aplausos de una obra del colegio, a él, que hasta entonces no le había aplaudido nadie, fueron decisivos a la hora de seguir bailando. Consiguió una beca en Cuba, formando parte del ballet de Alicia Alonso. Volvió a España y bailó, y bailó en diferentes compañías del mundo hasta que un buen día cansado de aviones, viajes, éstres, casi abandona si no hubiera sido por la cantante de ópera Brigitte Fassbänder, directora del teatro por entonces, quien le dijo que no podía dejarlo y le invitó a bailar en Innsbruck, donde encontró su lugar en el mundo. Su madre también tuvo que ver cuando al visitarle afirmó ¡Aquí te quedas! "hace mucho frio Mamá", y ya lleva 20 años, 13 de director y coreógrafo en el *Landestheater* de la capital tirolesa. Su amor por Innsbruck es recíproco. Llena el teatro con sus magníficas obras y bailarines elegidos. Cuenta Enrique que en las pruebas nunca les pregunta de donde son, solo le importa como bailan. Al entrar en la sala de ensayo mira a una bailarina, sonríe a otro que ha hecho el paso perfecto, habla conmigo y se va a fumar, con esa naturalidad que hace que todo parezca fácil hasta el vuelo de la bailarina rusa que se eleva como si fuera un ángel. Más tarde me lo encuentro por la calle *María Teresa* y le pregunto donde puedo comprar algo bonito, a lo que me aconseja un par de sitios con esa sonrisa cercana que le caracteriza. Efectivamente encuentro lo que buscaba; una especie de diábolo de madera con formas curiosas que no había visto en España, una jarra de cerveza para mi colección y me preparo con melancolía para coger de nuevo el tren que esta vez me llevaría al aeropuerto de Múnich, de vuelta a casa.

Pinceladas

Sorpresas tirolesas

Sus casas de madera tienen mucho que contar. Por ejemplo, que cada hijo heredaba una parte de la casa. Que las tallas en balcones y ventanas cambian según la zona del Tirol a que pertenezcan o que el establo es una continuación de la misma casa; los granjeros solo tienen que abrir la puerta trasera para ordeñar a las vacas.

Foto arriba izquierda.
Casa Tirolesa.

Gafas modelo Schubert. Lo más ...

Dicen del genial compositor que no se las quitaba ni para dormir por si le venía la inspiración a media noche. Quién le iba a decir al Pequeño Champiñón, así apelado por su complexión, qué siglos después el modelo de sus gafas redondas llegaría a ser un referente de las mejores marcas.

Foto arriba derecha.
Gafas de Schubert.

Robo del salero más caro del mundo en el KHM–Viena

Considerado el salero más caro del mundo, la obra Cellini que une al dios del mar Neptuno y a la diosa de la tierra Ceres, desapareció una mañana de 2003 en un robo casi amateur. Tras una misión policiaca de película, otra mañana de 2006 apareció en un bosque, devolviéndole su sal y su belleza al KHM.

Foto abajo izquierda.
Entrada KHM de Viena.

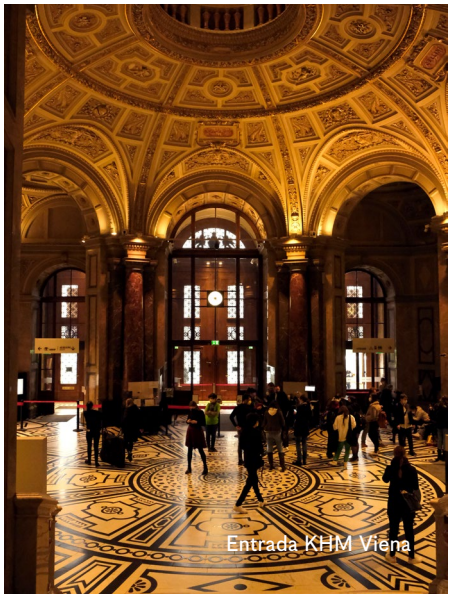
Bombones Mozart Fürst ¡Qúe dulce idea!

No es un bombón cualquiera. Los llamados Mozartkugeln (bombones de Mozart), deliciosamente rellenos de nougat, pistacho y mazapán, fueron idea del repostero Paul Fürst en 1890. Sus descendientes lo siguen haciendo en la pastelería de Salzburgo de forma tan artesanal que no hay que esperar a saborearlos, no se vayan a pasar...

Foto abajo derecha.
Bombones de Mozart.

Casa Tirolesa

Gafas de Schubert


Entrada KHM Viena

Bombones de Mozart

Hasta la vista, Austria

Y qué más puedo decir...Durante el vuelo de vuelta, en esa tierra de nadie que son las nubes, repaso unos días que han supuesto mucho más que un viaje; Austria ya estará para siempre en mi baúl de los recuerdos, en el poso que queda de emoción cuando lo trivial desaparece. La memoria es selectiva y no creo que pueda olvidar el privilegio de estar rodeada de tanta belleza en el KHM, el integrarme en Viena recorriéndola en tranvía o metro. Volver a la niñez aprendiendo música o sentirme una invitada más a las fiestas de Mozart en su Casa-Museo. Pasar momentos de agradable terror en las sillas voladoras del Prater. Recuerdo como Salzburgo se vistió de blanco para mí y a pesar no ser el mejor atuendo para fotografiar la primavera, no dejaba por ello de ser un manto real. Evoco con cariño como choqué las jarras de cerveza en la destilería agustina con mis simpáticos amigos y cómo en la granja del Tirol me hicieron sentir un miembro más de la familia. Me veo en Innsbruck, sentada en un café de la calle María Teresa mirando esas montañas a las que subo en cuestión de minutos y pienso que es una ciudad en la que no me importaría quedarme una temporada. Aterrizamos y antes de dejar el avión, me digo: ¡Hasta muy pronto, querida Austria!

Consejos

Algunos consejos prácticos serían no olvidar el Certificado de Vacunación Covid-19. Comprar las tarjetas turísticas de cada ciudad que facilitan transporte, museos y otras instituciones. Llevar una cámara de fotos y un cuaderno donde anotar las anécdotas viajeras.

Más información sobre viajes a Austria:
www.austria.info/es

Vacaciones en
Austria

Hasta la vista en Austria
Adeu a Austria
Berriro ikusiko gara Austria
Adeus a Austria
Auf Wiedersehen in Österreich

#feelaustria
austria.info